

Crisis de un Gran Pueblo

I

Japón y su crisis ideológica

El tema del Japón en crisis más que un tópico de postguerra es un problema subyugador, de interés inexhaustible.

Se lee, se oye hablar de él, y cada última información es preferentemente un estímulo. Desde luego ello le sucede al observador colocado en el ángulo misional, pero —quizá tanto— al que mira simplemente con visión profana.

Y hay esto de curioso en el problema: que las soluciones más esperanzadoras dadas desde ambos ángulos coinciden a menudo en la afirmación del Catolicismo como solución única.

Son un hecho las palabras de Mac Arthur: a pesar de su credo protestante prefiere para el Japón la solución católica. Y cuando una comisión del Episcopado acudió a solicitar la entrada sin formalidades —en los primeros días de la ocupación— de 40 Misioneros, su respuesta fué un gesto de asombro:

—¿Cuarenta? Pero ¿qué van a hacer VV. con cuarenta? Conozco un poco el problema japonés y pienso que sólo cuatro mil sacerdotes católicos podrían solucionarlo. (1).

(1) Lopetegui L. S. J. **Los dirigentes Japoneses ante el Catolicismo.** ("El Siglo de las Misiones" año 1938).

Quizá más interesante aún resulte el caso de Shiratori, Ministro del Exterior y encarcelado entre los criminales de guerra; en 1946 escribía desde la prisión al actual Primer Ministro Yoshida, pidiéndole hiciera llegar al Emperador su último consejo: iniciar personalmente un movimiento de conversión en masa al Catolicismo. (2) Lo había estudiado durante su embajada ante el Gobierno italiano y veía en él la única solución.

Es sintomático el que hombres de esta altura, en contacto directo y responsable con el problema japonés hayan visto una solución privilegiada en el Catolicismo.

De seguro ello no obedece a esa visión exhaustiva y aquilina de un Donoso que le obligara a iniciar el "Ensayo" con la afirmación precisa de que "en toda cuestión política va siempre mezclada una gran cuestión teológica".

Es evidente que, trasladados a este terreno los problemas, la solución de todos ellos ha de ser la única teológica ortodoxa. Pero también sería evidente la arbitrariedad de quien atribuyera a hombres de horizonte tan dispar al de Donoso, una visión tan profundamente católica.

Indudablemente la convicción ha de brotarles más bien de la entraña misma del problema japonés.

(2) Id. Ibid.

Realidad del problema.—

Por eso antes que nada será interesante estudiar despacio el contenido auténtico de ese problema.

Cierto que desde un punto de vista informativo es complejísimo: Ahí está el de la superpoblación: 82 millones en una extensión bastante menor que la de España, con dos tercios de sus ciudades devastadas, sin posibilidades de emigración, el 72% de la Industria ha desaparecido y una actividad comercial que apenas rebasa el 2% del año 1939.

Y a todo esto las fuerzas ocupantes sin encontrar otro remedio que un atentatorio control de nacimientos.

Las consecuencias de tal problema con tal solución se dejan adivinar. Súmese presión demográfica, propaganda oficial de prácticas anticoncepcionales, más pornografía torrencial, más una reacción violenta contra la rigurosa prohibición de diversiones públicas durante los años de la guerra; y podremos sospechar algo del abismo donde ha caído la tradicional moralidad de los japoneses.

Y como desemboque de toda esta avenida de materialismo y miseria social, ahí está la amenaza de un Marxismo en pogresión. Un Marxismo hacia el que muchos de los más exaltados totalitarios de ayer se sienten arrastrados por la inercia del ideal. Hambrean algo fuerte capaz de suceder con dignidad a las instituciones imperiales.

Y como el auténtico japonés lleva innata aversión profunda por lo soviético —herencia de antiguas rivalidades con el Kremlin—, de ahí que la propaganda marxista revista la forma paradógica de la rusofobia.

Se predica un comunismo puro —en oposición a Rusia—; y lo más curioso del lance es que esta propaganda se ha constatado estar dirigida desde Moscú.

Después de todo, si Japón se hace comunista ¿qué le importan a Rusia los caminos? (3).

Pero hay todavía un nuevo matiz en el movimiento comunista que nos puede servir más que ningún otro para situar el problema japonés en su auténtico lugar.

(3) González M. S.J.: "El Universit. Japonés y el problema religioso." Razón y Fe 1949).

No se trata simplemente de un marxismo proletario. Sin que hayan de darse por nulas las propagandas suburbanas y obreristas, la tónica predominante en la ofensiva es —con mucho— la de un movimiento ideológico.

Se prefiere el aspecto filosófico del Marxismo. Y es que el auténtico drama japonés se desarrolla en este plano.

Pueblo intelectual.—

Se trata preferentemente de una crisis intelectual, de una desorientación ideológica desesperada.

Este pueblo cultísimo ha perdido una FE nacional y ha gustado la amarga decepción de una técnica hueca y una Filosofía desgajada de sus raíces espirituales.

"Esa suprema angustia es la que agobia el subconsciente japonés, aun el de los que no saben o no se atreven a formularlo". (4).

¿Qué buscan si no esos miles apiñados infaliblemente en las aulas de cualquier Universidad a este simple reclamo: "Conferencias de orientación filosófica"?

Allí no les dan arroz ni les dan casa. Mas ni siquiera es un recurso oficial para captarse las simpatías del vencedor.

Y sobre todo ¿por qué se lee tanto en medio de la penuria de papel? ¿Por qué en los trenes, en los parques, en los sitios de espera, se devoran libros en francés, en inglés, en traducción?

Un dato: en medio del naufragio comercial, sólo las editoriales y librerías siguen prosperando.

"La conciencia cultural ha conquistado su importancia —escribía hace dos años Yamata Meili—. Privado del orgullo guerrero, nuestro Japón se ha visto precisado a revisar todos sus valores, los que aun podían quedarle: los culturales y humanos." (5) Y nosotros podemos añadir que se halló vacío.

Es natural: Cuando el bloque de su industria, de su técnica, de su pasmosa

(4) Arrupe S. J.: "Tres años después de la bomba atómica. (Razón y Fe 1948).

(5) Yamata Meili: L'Europe vue du ... Japon. en "Rythmes du monde" (1949 - 2 -).

competencia científica se ha desmoronado; y lo más japonés del Japón, el Imperio, se ha diluido en el seno de una democracia importada, se necesitaría con urgencia vital un fuerte potencial humano de reacción. Y el Japón no lo ha encontrado. No lo podía encontrar dada la constitución íntima de su propio ser.

Fallas y equivocaciones.—

En efecto: la fórmula de composición japonesa hoy, es suma de dos elementos: el occidental asimilado y el núcleo indígena de cristalización. "Nuestro Japón es bifronte como Jano" ha escrito Riuichi Kaji (6).

Y estas dos mitades han venido a fusionarse en tales proporciones que quedase un profundo hiatus, un desequilibrio fatal en la síntesis japonesa.

Por parte de la mitad occidental de su ser es evidente. Y para convencernos de ello bastará con desandar a vista de pájaro la historia de las influencias ideológicas durante el proceso de europeización.

Es ya tópico afirmar que el gran pecado japonés consistió en haber trasladado del Occidente tan sólo la superestructura técnica, científica o militar, descuidando positivamente los valores culturales y humanos.

Simplificaciones como esta, fáciles y económicas, siempre son una tentación. Más sí dicen una parte de la verdad.

Con todo no me atreviría a suscribir la acusación. Ella implica junto a su poco o su mucho de verdad una ofensa innmerceda para el Japón que ha sido antes que nada un pueblo intelectual.

Si se preocupó de las fórmulas técnicas del Occidente no hizo nada malo. Y por lo que hace a los valores culturales de nuestra Filosofía y nuestras literaturas, no puede decirse que los descuidara.

La Filosofía ha ocupado un lugar predominante en las preocupaciones del Japón —escribe el P. Siemes, Profesor de la Universidad Joichi Daigaku—. Las diez revistas especializadas y las incontables publicaciones de la Universidad son la prueba. (7).

- (6) Riuichi Kaji: *O Japao Moderno*. Tokio, (1949).
(7) Siemes S. J.: "La Filosofía Japonesa" (en *Nipon Tagori* 1950).

En 1949 las publicaciones filosóficas superaban casi en un centenar a las de ciencias físico-químicas: 600 contra 512; y sólo fueron igualadas por las de Medicina (8).

Es significativo el que los libreros japoneses reserven lo más visible del escaparate para las obras filosóficas. Y más significativo aún, casi increíble, el que en un cursillo para maestros de escuela un 50% del programa estuviera dedicado a la filosofía. (9).

Influencias perjudiciales.—

Pero el Japón tuvo la triste suerte de caer en manos de una Europa olvidada de su propio ser, en pésimas condiciones para transmitir esa savia robusta que le legó la Edad Media.

Se puso a aprender de una Europa laica, y a la hora misma en que las audaces construcciones idealistas se precipitaban desde lo más alto del vuelo hegeliano, atraídas por un prosaico anhelo de empireia.

Ese mismo frenético desarrollo industrial y científico objeto de la emulación japonesa, acababa de intoxicar el pensamiento continental, haciéndolo entroncar —en su regresión— con la elegante apatía de un empirismo a la inglesa.

De las fórmulas optimistas del Positivismo comptiano se pasa luego a la ebriedad provocadora de los que se llamaron materialismos económicos, monismos panteísticos, criminalismos o frenologías.

Bajo el triple apartado de "pensamiento de origen francés, pensamiento de origen inglés y pensamiento de origen germánico", resume la "Sociedad para el fomento de la Cultura" de Tokio, las historias de las influencias filosóficas en el Japón.

Comenzó por traducirse el "Sistema de Filosofía sintética" de Spencer. Por lo visto el hecho de que allí se hallara resumida toda la ciencia contemporánea bajo el epígrafe de Filosofía, hizo sospechar un tesoro a la nascente intelectualidad.

- (8) Domenzain S. J.: "El Japón. Su evolución, cultura, religiones". Madrid 1940).
(9) Siemes S. J. *ibid.*

A través de su desenvolvimiento filosófico del Universo, se difundió el biológico de Darwin con repetidas ediciones del "Origen de las especies".

Más tarde fué St. Mill, con su monomanía positivo-empírica de la Inducción, el ídolo de los traductores. Bajo su influjo llueven adaptaciones de Bacon, Hume, Locke, Adam Smith, Smiles...

El pensamiento francés fué servido en traducciones de Rousseau, Montesquieu, Voltaire..., y sobre todo de Augusto Comte e Hipólito Taine. Si bien las influencias más profundas de la ideología francesa vinieron por parte de la novela naturalista.

Bajo el epígrafe: "pensamiento de origen germánico", resume la "Sociedad" de Tokio las mil formas de materialismo importadas preferentemente por los universitarios a su regreso de Europa.

En pocos años las mismas Universidades japonesas no fueron más que simples amplificadores de Feurbach, Moleschot, Lombroso, Wundt...

Al lado de estas filosofías tan endeblas —demasiado en consonancia, para mayor desdicha, con el proceso de industrialización— cruzaron el Imperio dos fuertes corrientes literarias: el naturalismo experimental y filosófico de Zola; y la Novela rusa, ese museo de todos los horrores, auténtico gabinete de psiquiatría.

Sobre todo se idolatró a Dostoyeswky. De él aprendieron los novelistas japo-

neses el arte de hacer de la vida una pesadilla que se ha de aniquilar, sin que en cambio de ella deba proponerse nada.

Quizá el secreto más profundo de estos éxitos haya de buscarse en las resonancias que ese nihilismo literario supo despertar en el alma japonesa.

Más tarde el Maestro fué Chejov, con su sátira aterradora y su risa macabra ante la podedumbre por él descostrada.

Andrieyef, Gorki y el Conde de Tolstoy les siguen de cerca, ejerciendo un poderoso influjo hasta la hora misma en que la centralización militarista hizo converger los esfuerzos hacia el clásico Bushido de temple de Samurai.

En resumen: las únicas auras que trataron de templar aquella atmósfera demasiado cargada de naturalismo, hubieron de ser las de la heterodoxia de Tolstoy, con su interpretación del Evangelio más búdica que cristiana.

Nada del clasicismo greco-latino, del renacimiento italiano, del Siglo de oro español, del romanticismo cristiano.

Con esta perspectiva al frente, se comprenderá que por parte de la mitad occidental de su ser esté el Japón vacío de humanismo, en un desequilibrio ideológico febril e incoherente.

Ya así, yuxtapuestas, supondrían estas influencias un confucionismo parejo al que bulle en tantas cabezas atestadas de erudición sin estratificar.

PEDRO DE ANDRES, S. J.

